

EVOCACIÓN DE PACO CAMINO

Rafael Cabrera Bonet

Escritor, Presidente de la Unión de Bibliófilos Taurinos (U.B.T.)

Entre la niebla de la memoria me aparecen, rasgada en jirones aquélla, imágenes de la primera vez que contemplé y asimilé la labor de Paco Camino. Transitaba entonces entre la infancia y la pasmada adolescencia, pero aun con el infantil ánimo de empaparte de todo, de conocer, de comprender. Fue la corrida de Beneficencia de 1970, aquélla en el que el *Niño sabio de Camas*, se reivindicaría ante la afición madrileña -y la universal- tras quedarse fuera del ciclo ferial de San Isidro por diferencias con la empresa Jardón -Madrid Toros, S.A.-.

La evocación me lleva a ver esos lances con el capote, rodilla en tierra, ganando terreno en cada lance hacia los medios, robándole ese espacio al toro, forzándole a seguir el vuelo, pinturero pero, a la vez, sobrio por clásico, del percal. Dibujaba los lances, el brazo de salida a la altura del hombro, dominando y marcando el viaje del toro, forzándole a seguir embelesado el camino que le marcaba el diestro. Y todo en la justa medida, la necesaria para que el toro no saliese suelto del lance, y para que tampoco se revoliera incómodo sobre el espada. Uno, otro, otro más, fueron saliendo esos poderosos, técnicos, elegantes y artísticos pases que fueron el muelle que, cual resorte, hizo ponerse en pie al respetable en los tendidos. No sé cuántos fueron al final. He vuelto a ver aquellos pases en más de una ocasión. No es lo mismo; ni los he contado, ni me importa. Fue un retazo de toreo eterno, clásico, bello, consecuente, ético.

Al añorar la gran figura del sevillano es lo primero que siempre me viene a la memoria. Y nuevos jirones de aquella corrida, algo nebulosa, se disipan a renglón seguido. Dos chicuelinas únicas, una larga cordobesa, una tanda con la zurda, adornos variados -trincheras, pases de la firma, un molinete-, una estocada recibiendo... A cada toro le hizo una faena diferente, la que necesitaba cada cual; la variedad en quites fue verdaderamente proverbial, y la elegancia y la naturalidad se hicieron dueñas de la arena.

Chicuelinas, he dicho, ¡ay!, ¡qué chicuelinas! Citando al toro en su rectitud, como mandan los cánones más ortodoxos -y aun los heterodoxos-, dejándole llegar para envolverse en el capote con inigualable gracia sevillana, levantando el codo del brazo de la entrada, ciñéndose de tal forma la embestida del animal que éste pasaba por bajo del doblado brazo, y sin despedirlo por la violencia del embroque. Muy al contrario, moderando, atemperando la embestida del toro, templando en suma, para llevárselo hacia la espalda y repetir la suerte más en corto. ¡Qué diferencia con tantos recortes violentos que se ven hogaño, en los que el toro sigue su viaje! Porque lo complicado en un recorte tal, o en medio pase como éste, es torear, llevar al toro “por donde no quiere ir”, en palabras atribuidas al maestro Ortega, de Borox. No es lance de recortadores, sino de toreros, por más que el toro pase lamiendo los alamares del diestro o éste arriesgue en la colocación en suerte.

Y ¡hágalo usted con la gracia, donosura y estética de Camino! Con ese estilo personalísimo, singular, propio, de escuela autodidacta, resolviendo el lance a “su manera”, “como le sale”, con la naturalidad de quién no ha aprendido la técnica, mil veces repetida y ensayada, en academia alguna. Y surge así, lógicamente, otra de las excelsas virtudes del sabio de Camas: la naturalidad. La postura no forzada, ni impuesta a base de espejo, ante la fiera; sentimiento interior unido a

la solvencia técnica y artística. No hay que forzar nada, le sale así de dentro y desde el principio.

Y ahí vuelve a disiparse la niebla del olvido y aparece Paco Camino con la muleta en la mano izquierda, la natural, la de sujetar el trapo, no la espada, la que no se sirve del estoque -simulado entonces, como nos avisaban con una tablilla sobre la puerta de chiqueros- para ampliar la superficie de la franela y construir un pico con el que alejarse el bicho del cuerpo tantas veces, la mano de la verdad más cruda, la de sumar cortijos. Camino avanza con pasos pequeños, lentos, dejándose ver, tercia el cuerpo, adelanta la muleta y cita al toro. Ya se han cumplido varias de las premisas indispensables de la más férrea ortodoxia del lance: situarse en la rectitud, dejarse ver, citar al toro echando el trapo por delante. Se arranca éste, carga la suerte en primera instancia adelantando la pierna de entrada hacia el viaje del toro, lo embarca antes de que llegue a jurisdicción y a partir de ahí gobierna su viaje, lo atempera una vez más, casi lo detiene, congela el reloj de la plaza. Lo templea -quizá algún rasguño en la franela queda en mi memoria-, carga la suerte con el cuerpo, y se lo lleva a la espalda para, con un leve giro de su muñeca izquierda, rematar el lance, dejándolo de nuevo en situación de volverlo a citar. Y liga. Liga con otro natural y otro más, dos más y el de pecho rematado, si no por la hombrera, sí, al menos, quebrando el viaje del toro. Forzando el recorrido del toro en todos los pases, obligándole a seguir ese camino -¡qué Camino!- deseado por el torero. El natural con naturalidad. Pero aun más, con verdad absoluta. Con ese clasicismo que lo hace atemporal. Con esa particular gracia que sólo los escogidos poseen. Entre lance y lance un paso hacia el terreno del toro, no un retroceso, ni la escondida de pierna que nos cantan ahora como imprescindible para la ligazón, eso sí, situado el diestro en la oreja o el costillar del animal.

Paco Camino esculpió esos naturales en mi memoria, en la de todos los presentes. Praxíteles del toreo, elevó al mundo real y al imaginario eterno, los preceptos de las tauromaquias clásicas y contemporáneas¹. Preceptos, cánones, que como en cualquier técnica humana, han ido sumando, y no restando, desde sus principios, normas y asientos básicos. Decíamos que en el cite cumplió con la ortodoxia del lance, pero más aun en el discurso del mismo y en el remate del pase. Cargar, mandar y templar, enroscarse el toro a la cintura, pasándoselo por las femorales -algo que se le achacaba no hacía siempre-, culminando el pase a la espalda, llevándolo en redondo -no en ese paralelo en el que no se fuerza el recorrido de su antagonista, y éste pasa cómodamente, para rematarse hacia afuera y por allá-, y ligando la serie. La gente se puso en pie ante aquella obra maestra, y eso impresionó aun más mi tierna mente infantil. Es verdad, no me dejaron ver, pero seguí disfrutando de las emociones generadas.

No creo que fuese en este mismo toro cuando llegó la estocada recibiendo, aunque quizá sí. A tanto no llega la claridad de mis recuerdos. La suerte suprema ejecutada de la más suprema manera. El momento sacrificial interpretado en la suerte más exigente, complicada y arriesgada. Fue, probablemente, la primera vez que lo veía, no soy capaz de evocar ninguna anterior. El matador, siempre eficaz y clásico al volapié (suerte que dominaba como nadie, dejándose ver para caer, recto, sobre el morrillo del toro), optó en esta ocasión por la suerte de recibir. Citó al toro, le echó la muleta al hocico, y sin mover los pies hasta haber consumado la suerte, mientras lo vaciaba como en un pase de pecho, le hundió el estoque en el hoyo de las agujas -no recuerdo com-

[1] Entre las contemporáneas, que han sido guía imprescindible de mi afición, y al margen de las clásicas del siglo XVIII o XIX, la de Domingo Ortega ("El arte del toreo"; Madrid, Revista de Occidente, 1950), Rafael Ortega ("El toreo puro"; Valencia, Diputación Provincial de Valencia, 1986) o Marcial Lalanda ("La tauromaquia de Marcial Lalanda"; Madrid, Espasa Calpe, 1987).

pletamente la posición exacta- para que el toro rodase al poco como una pelota. Perfectamente ejecutada, fue la culminación técnica, ética y torera de una gran tarde.

Tarde de reivindicación de un diestro, de reivindicación del toreo. Ahí demostró la injusticia de la cicatería empresarial. Ausente del ciclo más importante de la plaza de Las Ventas del Espíritu Santo, supo ofrecerse –gratuitamente, por cierto- a la Diputación Provincial para la corrida antaño más importante de la temporada madrileña, española o universal. Se ofreció y nos lo ofreció a los aficionados –aun los que dábamos esos primeros pasos-. Gesto importantísimo el del diestro de Camas, en contra de ese mito de la comodidad que tantos le achacan, y que cambió por completo el camino de Camino.

En solitario y con seis toros de diferentes ganaderías, muchas de ellas alejadas de la supuesta facilidad que se busca hoy de forma inexorable. Ganaderías de abolengo, entre las más antiguas del panorama ganadero español. Ganaderías de renombre, de compromiso cierto. Un toro de Miura, otro de Pablo Romero (divisa que siempre le gustó, aunque a la postre éste fuese retirado por cojear), otro más de Arranz (los llamados “miuras” de Salamanca), uno de Buendía y otro de Felipe Bartolomé (el regalado séptimo, de los temidos cárdenos de “santacoloma”, que tanto horrorizan hoy a los coletudos encumbrados y que eran los preferidos de Camino), y dos más en línea más cómoda, uno de Urquijo y otro de Juan Pedro Domecq (otro más saltó como sobrero del “pablromero”), cuando aquellos hierros eran “otra cosa”. Es probable que el trapío de las reses resultara insuficiente en nuestros días, pero en aquel momento no era, ni más ni menos, lo que se lidiaba habitualmente en la plaza de Madrid. No hubo sonoras protestas a la presencia de las reses en el coso venteño. Hubo tres faenas premiadas con dos orejas, a toros de Urquijo, Juan Pedro Domecq y Díaz, y al temido de Arranz. Dos faenas más, a reses de Juan Pedro y Felipe Bartolomé,

se saldaron con oreja, y hubo sendas ovaciones en los otros dos. Sí, siete toros, porque regaló el sobrero ante el entusiasmo del público. En los seis primeros toros, siete trofeos. ¡Siete toros y ocho orejas en Madrid! Gesto y gesta. ¡Ocho orejas y sólo una Puerta Grande, de las catorce que obran en su haber! Quizá habría que haberlo sacado y vuelto a entrar varias veces. 4 de junio de 1970, una corrida histórica, un nuevo cimiento en la historia de la tauromaquia.

Por si fuera poco, y aunque en esta ocasión no estuve presente, siempre que evoco a Camino me viene a la mente la actuación del sevillano en la plaza Monumental de México, el 31 de marzo de 1963. La temporada de su presentación en el coso de El Toreo. Fue con toros de Santo Domingo, unos bichos -bueyes- aparejados, berrendos en negro, de infame condición, mansos, rajados, alguno con peligro franco. Un jovencísimo Camino, apenas 22 años, mostró la condición atemporal del toreo, nos hizo vislumbrar la auténtica raíz del espectáculo, su arcano más profundo. Lidiar, someter a un toro -a dos-, domeñar a la fiera arisca, indómita, fiera o peligrosa. La que se raja y no quiere “colaborar” con la obra estética. Torear, en suma.

A “contraestilo”, como dicen que al *Gallo* le salían algunos toros, salieron los dos antagonistas de Camino. A uno de ellos, *Gladiator*, le cortó dos orejas; al otro, *Traguito*, las dos y el rabo. Dos mansos de libro. Dos toros rajados, que huían de la muleta. La frágil figura del sevillano se perfiló, ante *Traguito*, en los medios. Enseguida, desde el principio, el toro mostró su inicua condición, iniciando la huida a tablas. Pero Camino, decidido a lidiar, a ganar la partida, a mandar, le planta cara, le sujeta, lo domina, le unce al yugo de su muleta y en el mismo centro del ruedo, en el platillo, le enjareta media docena de tandas, impidiendo que el buey busque las tablas. Faena de dominio, contada, cantada, arrancada del entusiasmo, en su versión filmada, por el gran Pepe Alameda. Faena de mérito incontestable, pero en la que

la verdad estuvo siempre presente y la estética de los lances acabó por llegar. Naturales y derechazos en redondo, obligados, por bajo, sin hurtar los muslos, templados, castigadores. Porque castigan, de veras, los que por bajo obligan al toro en redondo, una forma de moverse, de embestir, que no es natural para el toro en el campo, en la pacífica o agitada vida de la dehesa. El toro no corre en el campo humillado. Sólo humilla para coger y lanzar la cabezada final; por eso, cuando el muletazo es por bajo, y se obliga al toro en redondo, en vez de hacerle ir más cómodo en línea recta, forzándole a la flexión lateral de su columna dorsal de forma poco natural, se le obliga, se le somete y se le quebranta. Camino lo sometió a base de poder, de inteligencia, de tesón y de técnica. Y el embudo de México se desbordó de entusiasmo, el mismo que bramaba Alameda en su retransmisión.

¿Qué es el toreo? Muchas cosas, ciertamente, se pueden escribir sobre ello. Pero, en suma, es enfrentarse, en ética lid, a una furia de la naturaleza, dominarla y vencerla, sacrificándola al fin de forma ritual. Detrás hay toda una serie de conceptos, de situaciones, de “añadidos”, entre los que destaca, hoy, la imprescindible estética. Pero el toreo no sólo es estética; es verdad, es riesgo, es emoción, es sacrificio, es técnica, es inteligencia, a veces es dolor, otras es gozo. Un gozo humano, porque al fin el hombre sale victorioso del encuentro y se reivindica como ser humano en la cúspide de lo natural. Paco Camino, quizá, no fue consciente de todo ello en aquella tarde primaveral de México, pero su labor, su esfuerzo, consiguieron marcar un hito más en el hondo sentido de la tauromaquia. Torear, en definitiva, es lidiar, someter al toro, sujetarlo, y de nuevo en palabras del Ortega de Toledo, “hacerle ir por donde no quiere ir”. Paco Camino logró uno de sus triunfos más señalados y su segundo rabo consecutivo en esa temporada grande de México del año de su presentación.

Poder, técnica, gracia, estética, dominio de la suerte suprema. Camino es, entre los diestros de los últimos setenta años, quizá uno de los más completos, si no el que más. En su día, las gentes, conscientes de su capacidad, le exigían siempre el máximo en todas las plazas y en todas las tardes. No defraudó en conjunto, por más que algunos le achacaran sus altibajos, su cierta indolencia en tardes de menor compromiso. Pero Camino fue Camino, fiel a sí mismo, capaz, artista, bravo, con carácter, con una sabiduría inexplicable, profundo en el toreo fundamental y ligero, gracioso y etéreo en el grácil adorno, de vastísimo repertorio con capote, muleta y espada. ¿Pudo ser más, llegar a más, en la Tauromaquia? Llegó a lo más alto, y con ello y todo, siguió abriendo nuevas esperanzas en los aficionados, nuevas expectativas, nuevas perspectivas en el toreo que todos soñábamos. Camino fue Camino, y es el camino.